

22o. Domingo Ordinario C/2013

Las lecturas de este domingo nos hablan de la importancia de las virtudes, particularmente la de la humildad. Muestran que el que la practica complace a Dios y a sus semejantes. Nos invitan también a vivir una vida de virtud en nuestra relación de uno a otro de modo que complazcamos a Dios.

La primera lectura da consejo para una conducta sabia y para las relaciones fructíferas. Muestra que la humildad atrae la compasión humana y el favor de Dios. Muestra igualmente que la sabiduría trae alegría al que la práctica y el perdón de los pecados al que la observa. Finalmente, el texto nos invita a medir nuestra grandeza a través de nuestra práctica de la humildad.

Lo que este texto nos enseña es que el orgullo y la pretensión son obstáculos en la relación con Dios y nuestros semejantes. Nos enseña también que el hombre orgulloso está arraigado en la maldad y el hombre humilde medita en su corazón las sentencias sabias.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en qué Jesús habla de la importancia de la humildad como un factor relevante que contribuye a las buenas relaciones en la sociedad. El Evangelio comienza con la invitación hecha a Jesús para comer en casa de uno de los jefes de los fariseos. Muchos de los invitados estaban espiándolo. Jesús también observaba a los invitados.

Después de haber notado como los invitados escogían los primeros lugares a la mesa, Jesús les dijo una parábola. Primero, les dijo que cuando sean invitados, no se sienten en el lugar principal porque que si existe algún otro invitado más importante, sería una vergüenza que el que los invitó les pida dejar ese lugar.

Por eso, cuando hay una invitación, sería mejor ocupar el último lugar. En tal caso, si el anfitrión le llama a alguien a un lugar de honor, sería para esa persona una distinción. Entonces, el dio una lección para la vida diciendo que “el que se engrandece a sí mismo, será humillado; y el que se humilla, será engrandecido”.

Después de esta lección, Jesús dijo al que lo había invitado que cuando dé una comida, sería mejor invitar, no a los amigos, a los hermanos o a los vecinos ricos, sino a los pobres, a los lisiados y a los ciegos quienes no tienen nada con que retribuirle. Ellos lo pagarán en la resurrección de los muertos.

Este Evangelio contiene muchas lecciones para la vida. El punto que quiero compartir con ustedes es la lógica del reino de Dios. ¿Qué quiero decir con esto? De hecho, vivimos en una sociedad donde la jerarquía desempeña un papel grande. A causa de la estructura de nuestra sociedad, cada persona quiere ser reconocida y honrada por sus méritos y sus servicios.

En tal caso, cuando hay una fiesta, sobre todo si es oficial, cada persona quiere sentarse en el lugar de honor. Esto se llama el respeto del protocolo. Si las personas no reciben el reconocimiento y honra que merecen, podrían quejarse.

En verdad, no es incorrecto quejarse así, ni el ser reconocido. Del mismo modo, ser invitado a la casa de alguien es un gran honor así como es un gran privilegio para el que invita.

La lógica de nuestra sociedad requiere que el que ha sido invitado pueda invitar por su parte al que le invito. Esto se llama cortesía. Aunque nuestra sociedad funcione de esta manera, la lógica del reino de Dios es muy diferente. No está basada en el honor.

Esto es lo que Jesús quiere decir en el Evangelio de hoy. La primera etapa de la lógica de Dios es la humildad. De hecho, Jesús no está contra las posiciones y la jerarquía. Lo que quiere es que cambiemos nuestra actitud y la manera que nos consideramos a nosotros mismos. En este sentido, independientemente de nuestra posición social, recordemos siempre que somos seres humanos como cualquier otro. Dios es el único que está por encima de todos nosotros. Por eso, tenemos que ser humildes. Porque, mientras más nos humillemos, mayor seremos ante Dios y ante los hombres.

La segunda etapa es la motivación espiritual. De hecho, ser al que invita es un privilegio así también es un honor el ser invitado. Pero tal gesto debe ser guiado por el amor del reino. ¿Por qué? De hecho, cuando ofrecemos una comida a las personas que no pueden pagarnos, hacemos amigos en el cielo. Estas personas nos apoyaran cuando llegue el momento del juicio al final de los tiempos.

La fundación de esta motivación esta en el hecho de que Dios se está escondido en el pobre, el cojo, el ciego y los necesitados, etc. Cuando ayudamos a estas personas, es a Dios mismo a quien ayudamos con nuestros bienes materiales. Pero, como Dios es el creador de las cosas que poseemos, nunca nos olvidara y tampoco olvidara el bien que hemos hecho a los otros.

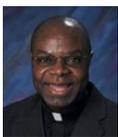
Aquí hay una pregunta: ¿significa esto que el cielo está abierto a alguien que da al pobre? Podemos decir que si; pero tenemos que ser prudentes en cuanto a la motivación que nos anima. Si damos a otros del mismo modo como lo hacemos con nuestros impuestos, es como si solo cumpliéramos con un deber.

Además, si damos a los otros puramente a causa del interés propio como el deseo de complacer a Dios, no comprendemos el punto de Jesús. Si es así, nuestra generosidad es sólo una racionalización de nuestro egoísmo. Lo mismo sucede si damos a fin de sentirnos superiores. En tal caso, nuestra generosidad se hace un acto de condescendencia.

Pero, si damos a causa del amor y porque no hay nadie más que pueda ayudar, actuamos en el espíritu de Jesús y según la lógica del reino de Dios. Por eso, nunca deberíamos lamentar una buena acción hecha en nombre de nuestra fe, aunque no recibamos ningún reconocimiento.

La lógica del reino exige que demos por amor y para la gloria de Dios y el bienestar de nuestros semejantes. Oremos para que Jesús nos ayude a actuar con humildad, compasión y respeto por la dignidad de las personas a quien damos. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Eclesiástico 3, 19-21. 30-31; hebreos 12, 18-19. 22-24; Lucas 14, 1. 7-14



Fecha de la Homilía: el ero de Septiembre, 2013

© 2013 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20130901homilia.pdf